

NÚMERO EXTRAORDINARIO, 30 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 50 CÉNTS.



PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: trimestre... Pesetas 2,50
 Provincias: trimestre... 3

REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA

25 números ordinarios... Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios... 5

La Correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

SUMARIO.

¡Que veo, que veo!, por el Doctor Thebussem.—Desigualdades, por J. Sánchez de Neira.—La llave, por Mariano del Todo y Herrero.—Valladolid (conclusión), por el Tío Capa.—Nuestro dibujo, por Don Cándido.—Toros en Barcelona, por Caricias.—El capeo, por A. Vela Hidalgo.—Toros en Madrid (19.ª corrida de abono), por Don Cándido.

¡QUE VEO, QUE VEO!

Al Sr. D. José Sánchez de Neira
 en Madrid:

MI QUERIDO SEÑOR Y AMIGO:
 El curioso artículo intitulado *Cortestas* que publicó V. en LA LIDIA del 4 Agosto 1890, me hizo recordar uno de esos casos de etiqueta y competencias que tan frecuentes eran y aun son entre las autoridades españolas.

El año de 1790, según consta en los documentos que tengo á la vista, era Gobernador militar y político del Puerto de Santa María el ilustre Teniente General D. Claudio Macé, bizarro soldado que prestó distinguidos servicios á su Patria y á su Rey.

La Capitanía general de dicha ciudad la servía el Teniente General D. Domingo de Salcedo, quien se empeñó y consiguió por *derecho de fuerza* que los toreros le saludasen á él ó á la señora Generala, si asistía, antes que al Gobernador Macé.

Este recurrió al Consejo de Castilla en 18 Junio 1790, con extenso y razonado memorial, defendiendo el decoro de su vara como Corregidor y cabeza de la ciudad; manifestando el bochorno que le causaba ocuparse de una frívola etiqueta, que no había de producir ninguna utilidad para el Real Servicio; indicando los atropellos é insultos que autorizaba el Capitán General, y determinando, por último, no asistir á las fiestas de *Toros* para poder soportar con menos dolor la tropelía, pues aun cuando *ni mi edad ni mi afición* (dice) *extrañarán esta falta, queda mi honor en el tormento que fácilmente se puede comprender, esperando ansioso una decisión que satisfaga mi agravio, deje ilesas las facultades de mi empleo coartadas y oscurecidas con trastorno de las leyes, mengua del respeto que se me debe como á Juez y ofensa de mi propia reputación.* Finalmente, el tal escrito, que no copio íntegro en obsequio á la brevedad, es notable por su espíritu levantado y caballero, por su energía y por su buena literatura.

La resolución de S. M., que tardó poco más de un mes, reza lo siguiente:



«Habiendo dado cuenta al Rey de la representación de V. E. de 18 de junio próximo anterior, y de las del Capitán General de ese Reyno Don Domingo de Salcedo,

sobre la preferencia de salud ó cortesía en las Fiestas de *Toros* que acostumbran hacer los Picadores y Quadrillas de toreros de á pié cuando concurre este Jefe ó su Mujer, se ha servido S. M. resolver que se observe en esa ciudad la Real orden comunicada en 28 de Enero de 1778 al Comandante General interino de Galicia Don Felix O-Neylle, y de la misma participo á V. E. para su inteligencia y gobierno y cumplimiento en la parte que le toca, dándose con esta fecha el conocimiento que corresponde al mencionado Capitán General—Dios guarde á V. E. muchos años—Madrid 22 de julio de 1790—Alange—Excmo. Sr. Don Claudio Macé—Puerto de Santa María»

La Real orden de 28 Enero 1778 á que se alude en la anterior resolución, dice lo que copio:



«En vista de una representación del Corregidor de esa ciudad, en que pide se declaren varios puntos que le sirvan de regla para el mejor desempeño de la jurisdicción que ejerce, sin tropezar con la militar, en la concurrencia al Teatro de Comedias, siempre que estas se representen en él, S. M. se ha servido resolver conformándose con el dictamen del Consejo de Guerra y con lo determinado en consecuencia en 24 de Febrero del próximo pasado, relativo á asuntos de policía, que siempre que el Comandante General de las Armas de ese Reyno, no siendo Presidente de su Real Audiencia, asistiese á la representación de Comedias, debe ser en calidad de particular pagando su palco y sin mezclarse en asunto concerniente al teatro, cuya dirección, mando y ejercicio corresponde privativamente al Corregidor ó su Teniente: que la tropa que se destine para auxilio en la casa de comedias debe estar á su orden, subsistiendo las centinelas concurra ó no el Comandante General, quien dará la orden correspondiente á los oficiales para que guarden la moderación debida, y que se sujeten á las reglas y providencias prescritas por el Corregidor en la referida casa y zelará sobre su puntual observancia.—Lo que participo á V. S. de Orden de S. M. para su cumplimiento en la parte que le toque—Dios guarde á V. S. muchos años—El Pardo 28 de Enero de 1778—El Conde de Ríca—Al Comandante General interino de Galicia Don Felix O-Neylle»

Es indudable que el pundonoroso D. Claudio Macé debió quedar muy satisfecho con el buen resultado de sus pretensiones.

Y ya que de *cortesta* se trata, no es poca la que yo debo á la amistad é indulgencia que revela su carta de V., inserta en LA LIDIA del 29 Noviembre 1889, y á la cual melancólicas y desabrimientos, que no falta de gratitud y de amor, me han impedido contestar antes de ahora.

Pone V. por las nubes mis escritos taurinos, y llega hasta á sospechar que yo desdeñe semejante literatura por considerarla despreciable y baladí. Separe V. de su mente tan mal pensamiento, al notar que tengo dadas pruebas de contarme en el número de los que no creen en la existencia de asuntos ni de cosas pequeñas é insignificantes. Además, estoy curado de espanto y no me hacen mella los sermones y burlas que me han dirigido por tratar de cocina, sellos de correo, sobrescritos, alfileres, *ex libris*, etc., etc. ¿Cómo, pues, había de ser posible que tomase á ofensa la señalada honra de que me incluyesen entre las plumas taurinas?

Lo malo del caso es que, como no entiendo la materia ni tengo afición al espectáculo, necesito andar siempre por las ramas ó apoyado en las muletas de la erudición. En fin; que mi afecto á lo taurino no puede pasar de amor platónico, cuyos grados aquilatará V. si le digo que las fiestas de toros, ó, mejor dicho, la ficción cómica de las corridas de París de Francia, me agradan más que los toros legítimos de España. Comprendo que á los ojos de los aficionados, esto debe ser tan descomunal herejía como la de anteponer el *Bertoldo* al *Quixote*, ó un gusto tan pésimo como el de preferir el peleón al Xerez, ó el chicote de Virginia al delicado puro de la Habana.

Pero ya que V. y otros amigos se empeñan en *darme la alternativa* (¿está bien dicho?) de escritor taurómico, que yo acepto con mucha honra y gratitud, escuche V. lo que pasó al ciego andaluz Tío Rapaqueso, á los 40 años de haberle secado los ojos unas terribles viruelas.

Hallábase el hombre con su palo y su lazarillo en la fiesta más solemne que se hace á la célebre y milagrosa Virgen de un famoso Santuario de Andalucía. Casi terminada la función, á la que concurrían gentes de veinte leguas á la redonda, se oyó decir en voz baja al Tío Rapaqueso:

—*Que veo.... Que veo....*

Comenzó el murmullo de sorpresa de los que se hallaban á su alrededor, y el ciego, al escuchar la bulla y sufrir los apretones del público, repitió á grito pelado:

—*¡Que veo!.... ¡Que veo!.... ¡Que veo!....*

La iglesia se convirtió en campo de Agramante: carreras, puñadas, desmayos y un coro destemplado que repetía:

—*¡Milagro!.... ¡Milagro!.... ¡Milagro de la Virgen Santísima!.... ¡Tío Rapaqueso ha recobrado la vista!*

Y el Tío Rapaqueso, precedido del lazarillo, á quien aplicó un buen sopapo para descargar su ira, salió fatigado, cansado, ajetreado y acosado por la turbamulta, declarando, para que lo dejasen tranquilo y en paz, que *veta más que un linco*. La noticia se propagó en toda la comarca, donde se tuvo por cierta é indubitable la curación del ciego.

En ella había de verdad una cosa, ó sea la mala pronunciación del Tío Rapaqueso. Este nombraba á su lazarillo llamándole *Queveo*, en vez de *Quevedo* que era su verdadero apellido. De semejante falta gramatical nació el error del público, justificando que pequeñas causas suelen producir grandes efectos.

Me confieso, pues, escritor taurino, y me ratifico de V. amigo afectísimo y agradecido,

q. l. b. l. m.,

EL DOCTOR THEBUSSEM,
 Bachiller en Tauromaquia.

Huerta de Cigarra:

29 de Septiembre de 1890 años.

DESIGUALDADES



Al concluir nuestro último artículo inserto en el número 27, correspondiente al día 6 del actual mes, y refiriéndonos á la corta edad y pequeñez de cuerpo de los toros del Saltillo, dijimos lo siguiente: « Cuando se presenten mayores de edad, veremos cómo está la gente, y cuál sea ésta. »

El público de Madrid que asistió á la corrida del domingo pasado, ya lo ha visto y podido juzgar si nuestra reticencia era efecto de apasionamiento, ó estaba fundada en la experiencia. Sabíamos, porque ésta nos lo ha enseñado, bien á pesar nuestro y de la afición, que el caso había de verificarse; pero no podíamos presumir que, precisamente en la misma hora en que los cajistas trasladaban á la imprenta nuestras cuartillas, estuviera demostrándose palmariamente en la Plaza de Madrid que ciertos toros no son para todos los toreros; mejor dicho, que hay toreros que rehúsan la lidia de determinadas reses.

Empezamos haciendo constar que esa injustificada exigencia no la tienen más que los matadores de primera, y no todos, y que ni si quiera se atreven á indicarla los que no han llegado aún á tan alto puesto, porque perderían el buen nombre de valientes y entendidos que aspiran á conquistar; y no faltaría quien atribuyese á excesiva prudencia lo que no sería realmente otra cosa que el deseo de no quedar mal, como por fuerza ha de suceder con reses de ciertas condiciones. Un espada que haya tenido la suerte de apoderarse de la voluntad del público, puede impunemente exigir eso y mucho más, en la seguridad de que ha de obtenerlo; y hasta cierto punto hace bien, porque celoso de conservar su fama y de que ésta vaya en aumento, no ha de buscarse toros difíciles que puedan marchitar sus laureles. Toros nobles, manejables y de escasa resistencia por sus pocos años, están indicados para con ellos hacer lucidas faenas, que arranquen con justicia espontáneos aplausos; pero quien tal haga, ha de sentir en el interior de su conciencia, si el orgullo no le ciega, que la misma facilidad y el poco trabajo que le cuesta alcanzarlos, le quitan mérito á los ojos de los inteligentes. Y no es, lo repetiremos cien veces, que esos matadores de primera no puedan lidiar toros de edad y respeto; que aunque fuesen de sentido y de malas condiciones, les pusieran á prueba su valor y destreza; es que no quieren los plácemes del inteligente aficionado que observa los recursos que el matador pone en juego; cómo los desarrolla hasta dominar y apoderarse de la fiera, y cómo concluye venciendo, tras de pausada y fatigosa faena, si se quiere, pero acertada y concienzuda, hiriendo siempre de frente, y desechando en todo la traición alevisa; es que les embriaga más el griterío de los estultos y el estruendo de las palmas generales, sin tener en cuenta que esa no es sólida base de mérito verdadero.

La superioridad que tuvo Pedro Romero sobre el desgraciado Pepe Illo, fué debida á la repugnancia de éste á lidiar toros salamanquinos; la de Juan León sobre Antonio Ruiz, consistía en que éste no quería toros cornalones, y la de Montes sobre sus contemporáneos, en que demostraba sus excepcionales condiciones de querer, poder y saber con toda clase de toros, y muy particularmente con los marrajos ó de sentido. ¿A qué debió Cúchares su fama sino á la especial habilidad que tenía para sujetar con la muleta aquellos torazos de Concha Sierra, de Elías Gómez y feroces portugueses?

Claro es que los toros de Palha, del Conde de Patilla, de Miura y otros que ahora tienen fama de revoltosos y de poder, por mucho que tengan, si se les suelta al ruedo con poca edad y pocos cuernos, han de ser más lidiables que

los de Torres Cortina, Martínez y Veragua que cuenten los cinco años cumplidos; pero si no hubiera sido olvidada la costumbre que hicieron ley los Reglamentos taurinos de no admitir en las Plazas reses menores de cinco años, todas serían por igual consideradas por los toreros, aunque no pudiera evitarse que algunas reses de determinadas ganaderías demostrasen la intención de la casta y los resabios de su crianza. Esto es lo que llaman los toreros el hueso de la corrida, que no cabe en la previsión humana, porque nadie es capaz de asegurar en absoluto lo que dará de sí en el ruedo ninguna res, lo cual no quita para calcular con fundamento que si algún día se anuncian toros de Palha ó Miura (que se creen de condiciones difíciles), y no tienen cinco años y sí poco cuerpo, sea de menos mérito su lidia que la de otros de Veragua ó del Saltillo con seis años cumplidos, siendo de poder y resistencia.

De todos modos, lo que las Empresas deben atender en la organización de las corridas, es en primer término á que el ganado sea de la edad reglamentaria é igual en condiciones exteriores para todos los matadores, con cuya conducta conseguirá ahuyentar los maldicientes, que, por simpatías hacia determinados diestros, suponen que quiera favorecerse á unos con daño y perjuicio de la reputación de otros.

El principio eterno de la justicia está de tal manera arraigado en el corazón de los hombres, que no deja nunca de estimarse y tenerse en mucho en todas las acciones de la vida, por muy pervertido que esté el sentido común, merced á simpatías y apasionamientos.

¿Cómo ha de elevar su fama el que siempre lucha con inconvenientes en su carrera?

¿Cómo no ha de ser fácil conservar gran renombre al que trabaja con buenos materiales en su oficio?

Y sobre todo, ¿por qué las desigualdades?

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

LA LLAVE

La verdad á punto fijo de este relato no sé; si no es cierto, conste que me engañó quien me lo dijo.

Resulta de la versión, que conservo en la memoria, que el teatro de la historia fué una alegre población

Del andaluz territorio, que obsequiaba á los vecinos con sus festejos taurinos y alguno que otro *jórgorio*;

Pero, como es consiguiente, siendo de todo el programa los toros, que nos dan fama, el número preferente.

Ahora bien; en ese día que el caso tuvo lugar, fué la corrida á lidiar al pueblo de Andalucía,

No un principiante ó *maleta*, como amenudo pasara, sino, como cosa rara, una cuadrilla completa,

Cuyo primer matador gozaba ya de renombre, y afirmaban que era el hombre un diestro de lo mejor.

Pues, señor, que la corrida dió comienzo á la hora en punto, y al principio, en su conjunto, marchaba bien dirigida;

Los picadores tumbones rodaban sobre la arena; turnaban en la faena con acierto los peones,

Y se adornaba el espada con el capote, bregando, ya en largas, ya recortando, ya con alguna monada.

Así, con cierto interés que en aquel anfiteatro se notaba, de los cuatro bichos, se jugaron tres;

Y se escuchó la señal marcada por el edil, para que de su toril se diera suelta al final.

Este era un buey viejo y duro, y ya puede suponerse

que con él vendría á verse la cuadrilla en un apuro,

Y así fué; todo el aplomo de que antes se hiciera alarde, trocóse al caer la tarde en miedo de *tomo y lomo*.

Los muchachos asombrados y asidos á la barrera, eran, mirando á la fiera, *palominos atontados*.

Cuando cogiendo el maestro los bártulos de la muerte, se fué á consumir la suerte, despachando á tal cabestro;

Pero al mostrarle el telón se le coló el buey intruso, y el hombre se descompuso. ¡Y qué descomposición!

Viendo tan palmaria prueba de su *prudencia* exquisita le dió el público una *grita*; y el torero ante esta nueva

Demostración imponente, que le motejaba á coro, empezó á pinchar al toro de una manera inconsciente;

Y por algunos momentos fué aquéllo un tremendo lío de voces y griterío y de carreras é intentos.

Poco á poco fué calmando aquel temporal furioso; respiró el diestro anheloso; la gente fué desfilando,

Y aun los más empedernidos, al ver que tanto tardaba y acabar no procuraba, se marcharon aburridos;

En tanto que el buen torero de su sombra maldecía y tras el bicho corría, qué sé yo cuánto agujero

Abriéndole á troche y moche, y el animal sin morir, y á esto sin apercibirse de que era entrada la noche;

Hasta que de la barrera, ya cerrado el edificio, el conserje de servicio le gritó de esta manera,

Entre socarrón y grave: — ¡Ya todo el mundo se fué; para cuando acabe usted, aquí le dejo la llave!.....

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.

VALLADOLID

(Conclusión.)

Los matadores, dadas las fatales condiciones en que han toreado por el estado del piso de la Plaza, han satisfecho al público, y han cobrado, además de su haber, unas cuantas orejas, como premio á la faena en algunos de los toros que estoquearon.

Mostraron gran solicitud librando á los picadores en la suerte de vara, adornándose mucho en los quites, especialmente en el último toro de la tercera tarde, en que se corrió un toro del Duque de Veragua, tanto completo. Los tres rivalizaron en hacer primores: Lagartijo rascaba el testuz; entraba Guerrita y le hupió el hocico con el pañuelo; seguía el Espartero, y le colocaba la montera sobre el testuz, y dándole patadas en el hocico. Terminó la faena llevando Rafael el toro junto á un caballo muerto, y sentándose sobre el anca de éste. Guerrita llegó por el lado opuesto, y se sentó sobre el brazuelo; ambos cogieron al toro por las astas y le obligaron á bajar la cabeza, en tanto que el Espartero, capote en mano, estaba colocado al lado de Lagartijo, en previsión de cualquier arrancada. Se necesitaba haberlo presenciado para creerlo. La ovación que hicieron á los diestros fué extraordinaria.

Lagartijo ha dado muerte á 10 toros en las cuatro tardes, siendo las mejores faenas las empleadas con el tercer Patilla, cuarto Veragua y tercer Muruve. En los demás ha mostrado grandes deseos de quedar bien. Banderilleó algún toro con su elegancia característica, y dirigió con acierto las cuatro corridas. El quinto toro, de Muruve, hizo una faena muy mala de quedado y reservón de facultades, y en una arrancada se llevó al matador por delante, haciéndole caer, sin que sufriera afortunadamente daño alguno.

Espartero mató el mismo número de toros que el maestro, habiendo tenido la desgracia de que en todas las corridas le tocara el hueso. El primer toro del Saltillo que le tocó matar era tuerto, quedado el quinto; el segundo de Patilla huido; el cuarto tuerto, el segundo Veragua manso, el segundo Muruve malísimo, y los restantes manejables. En todos ha toreado muy cerca y tenido con ellos exceso de valentía, apesar de las malas condiciones del suelo, que hacía á los diestros perder terreno en vez de adelantarlo. Sus mejores faenas fueron la del cuarto Patilla, segundo del Duque y cuarto de Muruve, que le valieron muchísimas palmas y la oreja de los toros. En quites y en el auxilio de sus compañeros muy bien y eficazísimo. El público de Valladolid ha hecho justicia al trabajo y buenos deseos del Espartero.

Guerrita sólo ha despachado cuatro toros, dos del Saltillo y dos de Veragua, pues los de Patilla no los toreó, y

tampoco pudo hacerlo en la cuarta corrida por el compromiso que tenía adquirido de torear el 25 en Pamplona, Mató el tercero del Saltillo admirablemente, valiéndole la oreja, y el sexto del Duque. En los otros dos las condiciones de las reses no permitieron el debido lucimiento, ocurriéndole lo propio que á sus compañeros, la dificultad de poder torear en tan mal piso. Banderilleando, en quites y toreado por las afueras, como siempre, muy bien, y escuchando palmas incesantes.

Las tres cuadrillas han trabajado bien en general; harto conocido es lo que cada una practica para manifestarlo aquí. Juan Molina, Antolín, Valencia y Antonio Guerra han bregado mucho y bien. En banderillas, Ostión, Manene, Valencia, Julián y Antonio Guerra han prendido las mejores. De los puntilleros, el mejor el Sargento.

En la gente montada nada notable. Algún puyazo bueno del Pegote, y la voluntad del Melilla y Charpa de la cuadrilla del Espartero.

Acabadas las corridas, satisfecho de toros y en busca de otras novedades que poder comunicarles, tomé el camino, y parodiando al famoso personaje del inmortal Bretón, me dije: *A Madrid me vuelvo.*

29 Septiembre 1890.

EL TÍO CAPA.

NUESTRO DIBUJO

EL GALLO.



Mientras Fernando Gómez fué uno de los banderilleros más alegres y bonitos, y aun en los primeros años de su transformación en espada de cartel, el público le llamaba cariñosamente *el Gallito chico*, ya para distinguirlo de

su hermano mayor, también banderillero de un reputado matador, ya en ese exceso de confianza que con frecuencia emplea la masa popular y que redundaba siempre en beneficio de quien es objeto de su franqueza.

Pero á medida que Gallito fué avanzando en su condición de jefe de cuadrilla, y por la ley natural de la existencia, sumando años de vida, fué infundiendo cierto respetillo en el mismo público, que le distinguía siempre con el diminutivo, y el Gallito fué paulatinamente desapareciendo para dar entrada al Gallo, cabeza de una cuadrilla de importancia en las lides tauromáquicas, y voluntad perseverante y enérgica para conservar el puesto escalado en fuerza de trabajo y peligrosos esfuerzos. Que también la común opinión sabe apreciar las transacciones de la condición humana, y significar hasta en lo más trivial sus pocas veces injustificadas impresiones.

Por eso el supremo veredicto social veía en el Gallo un torero de los más completos que surcaban las arenas de nuestros Circos nacionales, y le demostraba su satisfacción en el calificativo reducido de su pintoresco apodo.

¿Y qué duda cabe que Fernando puede figurar como torero fino y elegante en las avanzadas de la tauromaquia contemporánea?

No hay más que ver cómo despliega la capa en la cabeza de los toros, cómo los empapa en sus vuelos, sosteniéndolos en la carrera embebidos en el engaño, y cómo recoge ese mismo percal en airoso recorte, para convencerse de que su escuela de torear es de las más puras y legítimas de lo que se ha dado en llamar *toreo de adorno y alegría.*

Y si peritísimo y vistoso resulta bajo el aspecto indicado, no le va en zaga con las banderillas en la mano. Tal y como se encuentra hoy el segundo tercio de la lidia, cualquier aficionado joven es voto para fallar respecto á la manera de parear hace una docena de años, y la que ahora se estila. Entonces todavía podía verse al hombre contra el toro, frente á frente, venciendo la habilidad á la fuerza; hoy un toro lucha contra un pelotón que le acosa y le marea, para que el rehiletero, escudado con todos, cumpla su cometido como quien lava. Teniendo, pues, en cuenta que el Gallo lleva sólo 14 años de alternativa, dicho se está que aún figuró entre aquella buena lista de banderilleros que sostuvieron las postrimerías del tercio, y que sabían, y aún saben cuando se ponen, cumplir con su obligación.

Agréguese á lo expuesto su envidiable aptitud para quebrar de cualquier suerte á pié firme, y en la más expuesta y lucida de rodillas; complementando estas disposiciones con su concienzudo trabajo de muleta, y á ver si el diestro sevillano no es un torero de primera fila, tanto más de apreciar, cuanto las corrientes del día nos están suministrando abundancia de matadores con tales hechuras de toreros, que no le costaría gran esfuerzo asimilárselas al Papamoscas de Burgos.

Pero si Fernando Gómez como torero es de mérito indiscutible, como matador es deficiente en general. Achácase [qué no tiene achaque! á la corta azada de su persona, que le impide meter el brazo con desahogo y llegar á la cruz con acierto. Si así fuese, disculpa tendría; pero á fe que tampoco á la hora presente pecan los toros que se lidian de gran copulencia; antes bien,

córrense terciados y pequeños, y tan débiles faenas con el estoque hemos visto al Gallo con unos que con otros.

Á distintas causas inclinámonos á adjudicar este resultado, y bien pudieran ser defectos de colocación y reunión que insensiblemente arraigan en los diestros, haciéndose luego imposibles de desterrar, ó tranquilos para la mejor comodidad del interesado. al igual que en todas y en cada una de las manifestaciones de la humanidad se procura, aun á riesgo de traspasar los límites marcados, la mayor facilidad para la consecución de un fin determinado.

He ahí el lidiador de toros. El hombre, según los que le tratan, es de lo más agradable y considerado; exento de la impertinencia y genialidad que suele dominar en la clase y deferente con todos, y en oposición á lo usual, atento á las indicaciones de la prensa taurina, que no es de extrañar, por lo tanto, procure atenuar bondadamente los defectos del artista.

DON CÁNDIDO.

TOROS EN BARCELONA



Procedente de *Majerith*, y acompañado de su *kabila*, llegó el sábado á Barcelona Guerrita, el *Emir-al-Kebir-al-Mummerin* del toreo moderno, como le llaman muchos.

Su venida tenía por objeto: primero, despachar seis bichos de la ganadería del Saltillo; segundo, cobrar 36.000 *dirkams* en pago de aquel trabajo; y tercero, dejar el *lirra* cordobés en punto de que el *Ketib* no vacilara un instante en declarar al joven diestro digno de entrar en la *Madrisa* de la Lengua ó... de la Historia del arte de matar reses bravas.

Este último extremo, ya veremos, al leer la reseña que sigue, hasta qué punto lo cumplió y mereció el diestro Guerrita.

¡Gualá! Sonaron las guzlas y los pifanos á la señal del blanco pañuelo, hecha por el *Rasul* que ocupaba la Presidencia, llamado Ben-Surroca-el-Aruero, y salió á lucir el garbo, adornado con las cintas azul y blanca de la noble casa del Saltillo,

Junero; colorao, bragao, calzado, rabicano, bien puesto, buen mozo, de poder y voluntario. Arrancando lejos, tomó cuatro puyazos de Castellón, tres de Pegote y dos del Sastre. El primero y segundo de los cabayeros llevaron un estacazo por barba, dejando en el ruedo la viuda de Juan Pilongo, en que cada uno salió á pasear.

Hubo dos buenos quites, uno de Almendro y otro de Guerra, á Castellón y Pegote respectivamente, que rodaron por el suelo.

Sonó la primer bronca al Sr. Surroca. Causa: haberse dormido en ordenar el toque á banderillas.

Primito salió por delante con los palos, y prendió uno al cuarteo y otro al relance; Mojino dejó un par bueno, cuarteando y entrando bien.

Guerra brindó, y dijo, entre otras cosas, en el brindis: «Y vaya por Barcelona, que es la Plaza en que toreo con mayor gusto.»

¿Qué hizo Guerrita en el primer toro? Pues una friolera: ¡válgame San Marcelino!

Cogió al toro (que se acostaba del lado izquierdo, por haberle pegado jinetes y peones en él), y en un palmo de terreno lo trasteó con remuchísima vista, aunque el bicho se colaba de lo lindo. Cuádrase *Junero*, y Guerrita cita á recibir, resultando una estocada contraria al encuentro, por haberse adelantado el diestro en el instante en que la res acudió al envite. Guerrita salió embrocado, recibiendo un palo en la cara.

Arrancándose desde la misma cuna y por derecho, agarró luego un volapié de los buenos, descabellando con el estoque á la segunda. (Ovación.)

Lucerito tenía por nombre el segundo Saltillo; negro, entrepelao, meano, gacho de cuerna, bravo, duro y voluntario.

Recargando, tomó 10 varas de Pegote, Amaré, Sastre y Castellón. Quitó de enmedio los *estorbos* en que salieron al palenque Amaré y Castellón. ¡Vaya una felpa de palos que llevaron todos! En la séptima vara, en la que cayó al descubierto Amaré, Guerra hizo un quite de los superiores. Si no llega á tiempo Guerrita, ¡San Antón sea con nosotros! ¡ni la Letanía salva al picaor! Palmas de las fuertes.

Almendro y Antonio Guerra dejaron tres pares al cuarteo.

Don Rafael, sí, señores, sí; Don Rafael Guerra estuvo en la muerte de este toro por tal manera superior, que hasta el Sr. González Solesio le aplaudió con entusiasmo.

Hay que haberlo visto, para saber cómo entró Guerrita á matar en este toro. Resultó una estocada á un tiempo, que —aunque Currito crea lo contrario— merecía por ella Guerrita, no la oreja y el rabo, no; merecía oreja, rabo y... el toro entero.

Caballeros ¡vaya un palmoteo! No parecía sino que estaban reunidas en la Plaza todas las *clagues* del Universo. Y conste que ayer no la había.

Dornillero tenía por nombre el tercer bicho, y era cárdeno, meano, voluntario y de poca cabeza.

De salida el Sastre lo saludó con un rejonazo. ¡Lástima de fiscal para que te denunciara! Tomó hasta nueve varas, marrando en una Castellón y perdiendo el babeiaca.

Califa puso dos pares, uno bueno, y Berrinches dos más, todos al cuarteo. ¡Cuánta variedad en el modo de entrar á dejar los palos! «Al fin —dirán ellos— las mujeres son peo-

res que nosotros.» Fortuna hubimos de que Guerrita cogiera los trastos.

Los lances de capa de frente y por detrás que diste á *Dornillero* á su salida al redondel; los jugueteos de buena escuela que con él hiciste, ya toreado de muleta, ora sentándote en el estribo de la barrera ante el bicho; la superior manera como practicaste en este toro la suerte inventada por Costillares; la casi inmejorable estocada, un poquito contraria, que dejaste, y el afortunado descabello tirando la puntilla que propinaste al bicho, son elocuentes pruebas; no sólo de que ganaste en buena lid la ruidosa ovación que te hicieron, sino de que mereciste hasta.... un *canonicato* en Manila.

Maestro, aunque no de obra prima, llamaron al cuarto Saltillo.

Cárdeno, meano, voluntario y bravo. Recargando, tomó de la nueva tanda de picadores, Amaré, Riñones, Matacán y Castellón, nueve varas, tres taconazos y tres *babuchas* deshechas.

Mojino cuarteó dos buenos pares, cuadrando en la misma cabeza la segunda vez; Primito prendió un par al cuarteo también.

Guerrita, te repito aquí lo que te he dicho al reseñar tu trabajo del toro que precede. El volapié hasta la mano, entrando en corto y perfectamente, que soltaste al *Maestro*, así como el cambio con que empezaste á pisar de muleta y los pases que siguieron, dígame ¡voto á cribas! que es de lo bueno que se ve. El descabello á pulso con el estoque, de P. P. y W.

Botonero se apellidó el quinto bicho. Cárdeno, claro, listón, salpicado por detrás, voluntario y bravo. Aguantó once puyazos. Dió tres caídas y mató y desencuadró dos *mues-trarios*.

Antonio Guerra dejó medio par y dos enteros, ambos pasados, y Almendro clavó uno, por supuesto al cuarteo.

Guerra,

sabiendo cómo se guisa
y cómo se hace la salsa,

en menos que canta un gallo, hizo bailar la churumbela á *Botonero*, propinándole una estocada á un tiempo, á la que precedió un cite, buena.

Le dieron la oreja de la res, y fué un milagro si ayer salió de la Plaza.

Cigüenito cerró Plaza, y fué cárdeno, meano, boyante, duro y de poder. En nueve varas atizó siete trompazos y mató dos jacos. Bronca al Presidente.

Guerrita, á petición del público y á los acordes de la música, cogió los palos. De primeras puso un buen par al quiebro; luego, sin ayuda de capotes y dejándose de los *chilindrinos* usuales en los banderilleros modernos, metióse, enmendando los terrenos con mucho conocimiento de las condiciones de la res, con un gran par de frente y de poder á poder. ¡Olé, los banderilleros!...

Ramón Bosch, que había saltado á este toro muy bien de garrocha, dejó medio par al cuarteo.

Una estocada contraria á volapié, después de haber metido Guerrita el pié sin que la res acudiera, dió término á la corrida.

Eran las cuatro y cincuenta y dos minutos. La corrida dió principio á las tres.

RESUMEN.

Los toros del Saltillo han sido bravos, nobles y de bonita lámina: aunque creemos que había algún toro que con un año más hubiera cumplido mejor, en general dejaron bien puesto el pabellón de la casa. Los mejores fueron el sexto, segundo y primero.

Tomaron 56 varas, propinaron 16 caídas y despacharon 12 caballos.

GUERRITA.

Toreando, banderilleando, pasando de muleta, estoqueando y descabellando, ha estado superior. Indudablemente, en conjunto, hasta la fecha, ningún diestro ha quedado en Barcelona á tanta altura como Guerrita en la corrida celebrada ayer.

Empleó 33 minutos en sacarse de delante los seis bichos. Tuvo la fortuna de no coger hueso ni una sola vez.

De los banderilleros, Mojino y Almendro. Bregando, Almendro.

De los picadores, Amaré en el sexto toro.

La Presidencia, apurando la suerte de varas.

Los servicios, buenos.

La entrada muy buena.

5 Octubre 1890.

CARICIAS.

EL CAPEO



Es el capear la síntesis del toreo, y con serlo, apenas si á las suertes de capa se las mira con la atención que merecen, y se las estima en la importancia que tienen sino por contadísimos aficionados en serio al arte de torear.

Un buen peón de lidia vale lo que un buen espada, y quizás más aún si se considera que se han dado con más facilidad espadas aceptables que peones sobresalientes.

Y, sin embargo, el matador es héroe de cartel,

que recoge palmas y cigarros, gloria y fama, honra y provecho y nombradía pública; y el peón de lidia, inteligente y trabajador, sereno, ágil y valiente, que lleva en su capote el éxito de las suertes de los demás, desde que el toro pisa la arena de la Plaza hasta que se desploma en ella herido de muerte, no se ciñe laureles de gloria ni alcanza el bienestar de la fortuna; el buen peón de lidia apenas si pasa de ser el héroe anónimo.

Es verdad que todo es así en el mundo: son los menos los que ven el mérito que no brilla, y los más los que tienen por oro fino todo cuanto reluce.

Que el toro es noble y acude al engaño de primera intención y busca su codicia burlada aquello que ante sus ojos le presentan, eso es el punto de partida del arte de torear.

De los divertimientos de esa burla, en la que el valor se arriesga según la agilidad se prueba y la destreza se consume, nació el toreo que el transcurso del tiempo perfeccionó, y que aún conserva su modo de ser originario en las Plazas de los pueblos, donde la capa de paño pardo, la manta morellana, el marsellés abigarrado y el alegre pañuelo de colores, son los únicos instrumentos de la eterna fiesta.

Después, lo que un capote en las adiestradas manos de un torero entendido puede hacer de las reses, de vez en cuando se ha visto; y hasta dónde llega la importancia de las suertes de capa en la lidia, según y cómo se ejecutan, en todas las corridas puede apreciarse, si bien, por desgracia, las más veces, resultan en manifiesto perjuicio de la lidia misma, para aquellos que saben estimar sus varios incidentes y considerar la bondad de las suertes del capote por su oportunidad y por sus efectos, y no aplaudiéndolas por la impresión primera que producen al verlas engendrar y rematarse en un alarde de ligereza y valor inoportunos.

En fin, con decir que Montes, al escribir su *Arte de torear*, dedicó la mayor parte de aquella obra suya á fijar con una extraordinaria prolijidad de detalles las reglas para bien hacer, ó no hacer, conforme á las circunstancias, cada una de las suertes de capa, demostrado está que éstas deben tener grandísima importancia.

La tienen tanta, que los lances de capa, según son practicados, hacen la lidia buena y agradable del principio al fin, ó desdichada y rematadamente mala, tanto y más que los graves desmanes y desaciertos en el picar los toros, contra los cuales delitos, quizás por ser más visibles, grita á voz en cuello el público, alborota y protesta, insulta y ruge y clama enérgico por los correctivos de las multas.

Pero quiébrase un toro de piés y de codicia, que han de humillar el hierro de la puya y el buen toreo, y quiébrase, no por esos legítimos medios poco á poco, sino por recortes y más recortes violentos, y no llega á formarse la opinión de protesta sino al tercero ó el cuarto; mientras no llega, duro y duro; cuando llega, otro recorte más y al estribo; el murmullo se acalla, y eso ha sido todo.

Luego algún maestro quiere lucir su garbo y gentileza, y suele verse que si el toro precisa empararle en el trapo, confíarle, ceñirle y pararle los piés, se le hace lo contrario para que se desparrame ó se consienta en el bulto, ó se vuelva abanto; y si requiere abrirle y obligarle á su terreno, se le torea á todo trapo suelto y á distancia, y más tarde vienen los quites con las largas á punta de capote, no volviendo el toro á la faena, si hay que meterle en ella, sino llevándole á distancia para que se enfrie; si conviene correrle, se le aburre á capotazos; si se le corre, casi siempre es mal y casi nunca por derecho, aunque de sí lo dé el toro, y, por último, traído y llevado en interminable brega por cuatro ó por seis peones, para ponerle cada par de adornos, y vuelto á traer y llevar, por último, haciendo malamente los muchachos el oficio que debe hacer el maestro con la muleta, llega á la muerte el bicho aburrido él y aburrido el público; el mismo público que ha aplaudido inconsciente muchas de aquellas cosas sin saber que por ellas sucede lo que pasa, y por ellas, al fin, ha sido mal lidiada y mal muerta una res que con otra faena pudo tener una brega y una muerte lucidas y buenas, de solaz grande y grande divertimiento.

Cualquier mozo que ha corrido una docena de novillos y mechado un choto, pasa fácilmente á peón en la cuadrilla de un espada de cartel; soltar un capote para llamar á un toro, lo sabe hacer, sin duda, cualquiera de ellos; pero el oficio del buen peón de lidia ¡cuán pocos saben cumplirlo! ¡Qué pocos Pablitos Herraiz y Juanes Molina se dan en el toreo!

A. VELA HIDALGO.

Toros en Madrid.

CORRIDA 19.^a DE ABONO.—12 OCTUBRE 1890

Pasan las horas,
pasan los días,
pasan los años
y las corridas,

se nos ocurre decir parodiando á nuestro castizo poeta Selgas, en vista de que nos hallamos en las postrimerias de otra temporada taurómaca, y por cierto tan llena de desdichas, como de calamidades afligen á la Patria.

Pero no pensemos en estos infortunios que nos llevarían á escribir una dolosa en vez de una revista, y á mal dar... tomemos toros.

Y tomemos los que á manos de las cuadrillas de Mazzantini y Guerrita, estaban preparados á bien morir mediante la pericia de ambos diestros en la 19.^a corrida de abono, hijos de la acreditada vacada andaluza de D. Anastasio Martín, que fueron entregando sus carnes á la arena en la forma expuesta á continuación:

1.º *Esmorrado*; castaño oscuro, mohino, pequeño, flaco y cornicorto. Tomó huyendo seis varas por dos caídas y un caballo muerto.

Joseito clava cuarteando un mal par y Bernardo Hierro otro delantero, y termina Joseito con otro par como el primero.

Mazzantini, despegado y movido, tarda en cuadrar á la res, que se quiere marchar á todo trance, y aprovecha un momento para darle uno de sus antiguos volapiés, arrancándose á bastante más distancia que lo hacía cuando se le aplaudía al principio de su carrera; de todos modos cuarteó poco y la estocada resultó en todo lo alto. (Aplausos.)

2.º *Chato*; colorado albardado, de más carnes que el anterior, bizco del derecho y caído y adelantado del izquierdo.

Tomó cuatro varas y después volvió la cara, dió dos caídas y mató dos caballos.

Primito deja un gran par, cuarteando por la izquierda, y Mogino otro monumental, segando, terminando el primero con otro muy bueno, de frente. (Muchos aplausos.)

Guerrita, desplegando la muleta en la cara de la res, da tres pases, y arrancándose corto y derecho larga un metisaca bajo, que fué aplaudido, porque se comprendió por la manera de entrar á matar, que el resultado de la estocada no correspondió, quizá por un movimiento de la res, á los deseos del matador.

3.º *Lisonjero*; berrendo en negro, aparejado, botinero, grande y ancho de cuerna.

Tomó tardeando siete varas y dió una caída.

El Regaterillo pone al cuarteo un buen par, y Joseito medio de igual suerte, repitiendo Luis con otro de frente, cuadrando y con arte.

Mazzantini pasa desde lejos sin castigar ni recoger al animal, y se arranca más corto que en el toro anterior, en tres ocasiones, para dar tres estocadas cortas á volapié, terminando con otra honda con tendencias.

4.º *Farolero*; berrendo en negro, capirote, botinero, corto de defensas y sin bravura ni poder.

Tomó cinco varas, sin más consecuencias.

Guerra menor sale en falso dos veces y sufre un acosón para clavar un par desigual, y Primito coloca otro de sobaquillo; y otro á la media vuelta el primero.

El toro salta la barrera por el 5 tras de Mazzantini, y en el callejón le cornea y se ve al diestro que lucha con la fiera, siguiendo á poco ésta su viaje y resultando Luis milagrosamente ileso.

Guerra se las entiende con un bicho de cuidado, y en los tercios y en un palmo de terreno le pasa con arte y con bravura, quedándose con su enemigo, mediante 10 pases y una gran estocada arrancando, dada con guapeza. (Ovación.)

5.º *Carilargo*; castaño salpicado, listón, meleno y gacho.

Tomó seis varas dió una caída y mató dos caballos.

Hierro y Regaterillo cumplen en el segundo tercio con un par y dos medios malos.

Mazzantini, pasa con desconfianza y en tablas del ro larga un buen volapié que da fin de su enemigo.

6.º *Relamido* de nombre y también de carnes, negro bragao y bien puesto de cuerna.

Tomó ocho varas sin dar ninguna caída, y mató un caballo. Mojino y Antonio Guerra ponen tres pares, buenos los dos que correspondieron al primero.

Guerra otra vez llega hasta la cara, pincha en hueso y da una estocada baja y atravesada, á volapié, terminando con el toro y con la corrida de otra á volapié también, algo tendida.

Saca el estoque y descabella á la primera.

El ganado de D. Anastasio Martín ha flaqueado en esta corrida, no solamente en lámina y carnes, sino que también en las condiciones de lidia. Excepto el quinto, que mostró alguna bravura, sin llegar á lo extraordinario, todos los demás se dolieron en seguida al hierro, tomando el que más el exiguo número de ocho varas, y el que á ellas llegó, que fué el último, adoleció en compensación de ausencia completa de poder.

En el segundo tercio, dejaron llegar sin grandes dificultades, escepto el cuarto, que acosaba hacia las tablas de puro huído; y para la muerte, salvo este mismo, se presentaron buenos aunque poco boyantes.

No nos sorprenden estas desigualdades en una misma ganadería, puesto que convencidos estamos que las tientas son poco escrupulosas, y la demanda de ganado da margen á echar fuera unos con otros ejemplares, buenos y malos.

LOS MATADORES

Mazzantini, que lucía un terno morado con oro,

encontró en el primero un toro que se najaba, estando poco eficaz con el trapo para sujetarle, lo que hubiera conseguido á ceñirse algo más y con menos pases, aunque éstos no fueron muchos ciertamente. Al engendrar la estocada se colocó á buena distancia, pero por derecho, agarrando un excelente volapié, que le valió merecidos aplausos.

En el tercero, la faena de muleta revisió poca importancia, tal vez porque en aquellos momentos empezó á llover; y la del estoque fué más laboriosa que la primera. El bicho, cuando sentía el hierro, ceñaba los huesos, y en estos casos el matador tiene necesidad de llegar con la mano al pelo, pues de lo contrario, aun cuando arranque por derecho y señale bien, como lo hizo Luis las cuatro veces que pinchó, el trabajo resulta siempre infructuoso, y más si disimuladamente se echa fuera al marcar la reunión. Y vayan estas indicaciones, más como consejo que como censura.

Y en cuanto al último, aceptable con la muleta y bien con el estoque. El volapié en las tablas era expuesto por la escasa salida del matador, de no haber sido tan cordero.

La confianza pudo ser causa de que la cogida que sufrió hubiese tenido gravísimas consecuencias. Mazzantini saltó por frente al 5, y se quedó parado en el callejón. El toro saltó tras él y le alcanzó en el rincón formado por un buradero y el zócalo del tendido, tirándole varios derrotes, que por fortuna no le produjeron herida, pero que no dudamos le habrán señalado varias contusiones. Nuestro enhorabuena porque no haya experimentado mayor daño, dado lo peligrósimo del accidente.

Luis bregó con aplauso en el resto de la corrida y dirigió con discreción.

Guerrita, de grana y oro, igualó á su primero con dos superiores pases naturales y uno preparado no menos bueno, entrando á matar con coraje y agarrando un metisaca bajo, que excitó la ira del valiente muchacho y que el público le dispensó viendo su deseo.

En el cuarto, colosal. Bajo la impresión de la cogida de Mazzantini, se embraguetó con el pavo, y con una docena de telonazos superiores, le asombró, dejándole cuadrado y dejándose caer con una estocada hasta la bola, sobrada ó un poco contraria. La ovación fué de primera, y toda la concurrencia se hizo lenguas de la inteligencia y valentía del joven matador. Ahí va también nuestro aplauso.

En el sexto, que se había quedado á última hora, entró siempre con animo y lo toreó con acierto.

Bien en la brega y negándose á poner banderillas. Eso no es para todas las tardes.

LOS BANDERILLEROS

Mogino y Primito completaron el tercio del segundo toro de una manera como ya hacia mucho tiempo que no se veía. Superior sesgo el del primero, y buenos pares de frente y al cuarteo los del segundo. Otro al sesgo y otro de frente también muy buenos dejó Mogino al último, é igualmente el Regaterillo pareó con gran lucimiento y sabiendo, al tercero.

LOS PICADORES

Poco de notable dieron de sí. Pegote picó bien, pero sin éxito, por la escasa codicia del ganado; Cantares hartó pesado acosando, y el debutante Baulero mostró voluntad y nada más.

La Presidencia bien; la entrada regular y la tarde amenazando y en algún rato con lluvia.

**

Tomamos sincera participación en la pena que aflige al administrador de la Plaza de Madrid, D. Santos G. Trillo, por la muerte de su señora madre, cuyas virtudes y excelentes prendas de carácter reconocían cuantos la trataban.

**

La prensa noticiera dió cuenta oportunamente del atropello de que ha sido objeto nuestro amigo y compañero D. Ricardo Alonso Martín, director propietario del *Sinapismo*, por parte de un torero, al que no queremos nombrar siquiera.

Protestando enérgicamente de tan desusado procedimiento, lamentámosle en el doble concepto del daño causado á dicho Sr. Alonso, cuyo estado es grave, á consecuencia de las lesiones inferidas y por el descrédito que un individuo mal aconsejado hace recaer sobre una colectividad donde figuran personas honradas y dignas de toda consideración.

Desearnos el pronto alivio del herido y le reiteramos con tal motivo nuestra expresión de compañerismo.

DON CÁNDIDO.

REPRESENTANTES EXCLUSIVOS DE «LA LIDIA»

Habana.—Viuda de Pozo é Hijos, Obispo, 55, librería.

México.—Juan Barrera, 1.^a de San Francisco.

Gallegos Hermanos, Centro de publicaciones.

Veracruz.—Nicolás Forteza, Salinas, 2.
Buenos Aires.—Librería y Papelería de Coll Hermanos. Rivadavia 1804 y Chile 2040.

Valparaíso.—Matías Vilet, Centro de suscripciones.

Orizaba.—Juan C. Aguilar, Imprenta Popular.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.—Madrid.



J. Chave

Gómez